

LA PRENSA ARABE: SU DESARROLLO Y EL PAPEL QUE DESEMPEÑA EN LA VIDA MUSULMANA

EN la vida de la comunidad islámica la prensa es ciertamente una novedad que el público, pese a su deseo de información, ignora tanto en razón del escaso interés que presta a las cosas del Islam como de las dificultades que presenta el estudio de la lengua árabe, instrumento de expresión de esta prensa.

Estamos, pues, en presencia de un problema de candente actualidad, un problema del que la *élite* culta sospecha la influencia predominante, pero respecto a cuyo origen y desarrollo se está muy mal informado.

Lo que conviene subrayar desde el principio mismo de este artículo es que, aparte de la lengua, otras razones tornan este problema particularmente difícil de conocer. Es que existe una prensa norteafricana, una prensa egipcia, una prensa siria, una prensa árabe en Arabia, en el Irak, en la India, en Europa, en América del Norte y del Sur. En resumen, la prensa de lengua árabe conoce todos los climas, todos los países, todas las razas, todas las civilizaciones actuales. Si su análisis y clasificación se presentan en este caso fáciles, la síntesis, por el contrario, resulta delicada *a priori*, si no irrealizable. Tenemos, ciertamente, una abundante documentación relativa a la cuestión, con todas las garantías de autenticidad deseables, una documentación que en razón misma de su abundancia desanima y desorienta al investigador que se ve constreñido en la mayoría de los casos a hacer una labor de ujier, es decir, un inventario con listas de nombres e indicaciones de fechas y países. Además, el investigador se ve desorientado por otros motivos. La Prensa árabe tiene una fecha de nacimiento muy reciente, es un artículo importado de Europa, una novedad en la vida árabe. Han nacido allí en el siglo XIX en tanto que en la mayoría de los restantes países había alcanzado en-

tonces su madurez. En cuanto a la Prensa árabe es totalmente una novedad. Conocemos su punto de partida y los momentos de sus grandes manifestaciones, pero carecemos de las perspectivas suficientes para medir su amplitud y su alcance social, así como para juzgar con objetividad sus cualidades y sus defectos. Está demasiado cerca de nosotros y sin embargo rebasa los límites de nuestro campo visual. Si por tales motivos resulta difícil hacer una síntesis de elementos tan dispares, tan distintos geográfica, histórica y étnicamente, es aún más difícil diseñar un cuadro con las tonalidades, los matices y las grandes líneas de esta prensa en un mero artículo.

* * *

Desde la toma de Bagdad por los mongoles en 1256 hasta el principio del siglo XIX, el mundo árabe parecía sumido en un profundo sueño, intelectualmente hablando. Los vivos resplandores del Renacimiento europeo no habían puesto fin a su modorra ni disipado las tinieblas de la Edad Media que seguían manteniéndolo en un mortal encharcamiento.

Los progresos y las grandes manifestaciones realizadas por Europa desde el final del siglo XVI en el plano científico, literario, filosófico y técnico le eran completamente ajenos, así como las concepciones sociales, políticas y económicas nuevas. Fué sacado de este largo y disolvente sueño, al que no habían podido poner fin ni los éxitos militares de los turcos en Europa Central, ni las revoluciones políticas, ni el resplandor prodigioso de ciertos genios como Ibn Jaldun, por la llegada del cuerpo expedicionario francés bajo el mando del general Bonaparte.

Este despertar no fué ciertamente una «sonrisa de la aurora». Estuvo, por lo contrario, acompañado de sufrimientos y de lágrimas.

Trastornado, desamparado por el retraso, el Oriente árabe debió, a su pesar, tomar la firme resolución de recuperar el tiempo perdido, so pena de muerte.

Las necesidades y los fulgores de la vida moderna, así como la expansión de la civilización y de la política de hegemonía de Europa hubieron de imponerle en primer término un esfuerzo de revisión de sus valores tradicionales y un examen detenido de los medios propios para alcanzar esa supervivencia. Este esfuerzo de autodefensa que implicaba de un modo concomitante una marcha hacia adelante, ne-

cesariamente hubiera debido impulsarle a colocar entre sus primérisimas preocupaciones la creación de una Prensa capacitada para servir de vehículo a los pensamientos. No obstante, la Prensa, en cuanto órgano de información y de difusión, en cuanto instrumento de vulgarización y de cultura no debía desempeñar, contrariamente a toda esperanza, un papel máximo en la vida árabe sino en la segunda mitad del siglo XIX, después de un largo período de tanteos, de disturbios políticos, de crisis internas, de amenazas exteriores y de lucha contra el analfabetismo.

Medio siglo de lenta y dolorosa adaptación había de precisar la Prensa árabe para penetrarse de su papel, para tomar consciencia de sí e iniciarse a la técnica de Europa, pasando del estado de novedad al de necesidad de cada día, y ello para un público cada día más numeroso, y para entrever a través de la experiencia su campo de acción y sus virtualidades futuras.

Fué en 1799 cuando por primera vez se publicó en El Cairo un periódico árabe. La misión científica francesa que había acompañado al general Bonaparte había llevado una imprenta que habían de poner en marcha los sabios Jean-Joseph Marcel y Baudoin y el impresor Aurel, ayudados por tres correctores y veinte tipógrafos.

Así fueron creados tres periódicos, de los cuales uno en árabe con el título de *Advertencia* (Tanbin).

La redacción fué confiada a un egipcio llamado Al Jachab Isma'Il B. Sad. Un memorialista de aquella época, Abdur Rahman Jabarti, muerto en 1825, que nos ha legado una crónica en nueve volúmenes extremadamente curiosa, con el título de *Maravillas biográficas e históricas*, consagra una página de una emocionante ingenuidad a esta inovación. He aquí la traducción de lo que escribió: «Cuando los franceses crearon el Oficio de Asuntos Musulmanes (Diwâ q-adaya al-Muslimin) Jachab hubo de anotar bajo forma de crónica todos los acontecimientos sobresalientes, porque estas gentes conceden una gran importancia a todos los hechos diarios que se registraban en sus distintos servicios. Después de lo cual, reunían estos hechos dispersos, los resumían, los coordinaban, los imprimían en varios ejemplares que distribuían entre sus tropas, incluso las que estaban estacionadas en los pueblos de los alrededores, de suerte que los acontecimientos de un día eran conocidos al día siguiente por grandes y pequeños.» Cuando el Oficio de los Asuntos Musulmanes fué creado, Al Jachab tomaba nota en árabe de cuanto sucedía en el curso de una sesión:

órdenes, prohibiciones, discursos, respuestas a las preguntas hechas. Percibía un sueldo mensual de 7.000 francos de plata. Asumió sus funciones durante el gobierno de Jacques Menous (comandante del IV Ejército francés. Convertido al Islam, se casó con una egipcia y murió en Venecia en 1810) y ello hasta la retirada de las tropas francesas.

En resumen, no se trataba de un periódico en el sentido lato de la palabra, sino de una especie de boletín de información.

El boletín desapareció con la marcha de los franceses en 1801.

Y el mundo árabe había de seguir ignorando la Prensa, digamos las ventajas y los perjuicios de la Prensa, hasta 1828.

Podríamos preguntarnos cuáles son las razones que explican un corte tan brusco y tan largo, ya que duró más de un cuarto de siglo. Es que desde la retirada de las tropas francesas la cuestión de Oriente empezó a plantearse. A través de los documentos diplomáticos y a través de los periódicos europeos y de las obras escritas en aquel período, podemos hacernos una idea clara del entreveramiento de intereses en juego, de las luchas abiertas o encubiertas que habrán de enfrentar a las grandes potencias europeas, muy atentas a la herencia del «vecino enfermo», es decir, de Turquía. Pero si bien el poder del Sultán turco se extendía entonces por una área extremadamente amplia, desde Europa Central hasta los límites extremos de la Arabia del Sur, y desde Persia hasta las fronteras argelinas, este poder, de hecho, sólo era nominal. En Egipto, por ejemplo, el relajamiento de la autoridad otomana era muy característico. A raíz de la marcha de las tropas francesas, una rebelión sangrienta estalló en el valle del Nilo. El Gobierno nombrado por la Puerta Sublime no pudo reprimirla. Napoleón, entonces todopoderoso, escribió al Cónsul general de Francia en El Cairo, pidiéndole que designara un hombre capacitado para restablecer el orden. Este designó a un coronel de origen bastante humilde, Mehemet Alí, que se había distinguido por su ciencia de la guerra en el curso de diversos combates al frente de los contingentes albaneses del ejército turco.

Mehemet Alí se apoderó sin dificultades del poder, y tomó el título de virrey o Jedive. Reconocido como tal por el Sultán, hizo una guerra sin cuartel contra sus rivales, que hizo desaparecer por el veneno o por la daga. Un cuadro del célebre pintor francés, Horace Vernet ha inmortalizado uno de los episodios más sangrientos de la lucha. Se esforzaba, una vez dueño de la situación, de hacer

entrar su país, merced al apoyo de Francia, en la esfera de actividad de la Europa moderna. Poco liberal y un tanto déspota, al estilo de Pedro el Grande, pudo, no obstante, encarnar durante su reinado el modernismo o, si se prefiere, el occidentalismo en Egipto. Sus éxitos hicieron nacer en su mente la idea de una reconstitución del imperio musulmán en su provecho. De consiguiente, se consagró a una reorganización económica y militar de Egipto, a su equipamiento moderno y a la formación de una *élite* occidentalizada destinada a formar los cuadros del futuro Estado. Envió misiones de estudiantes a Francia, dió un gran impulso a los estudios en su propio país, creó enteramente los instrumentos más idóneos para la difusión de la instrucción y para la iniciación a los progresos realizados en Europa. Esta iniciación no se llevó a cabo por la Prensa, sino por el libro. Un equipo de traductores puso manos a la obra para iniciar e informar. Otra idea preocupó a Mehemet Alí: la adhesión de los árabes a su política de reorganización y a sus miras políticas del lado de Constantinopla. Esta unión tendió a realizarla bajo una fórmula nueva: el Panarabismo.

No fué la Prensa la encargada de propagar esta idea; fué también el libro, la literatura pura que reflejó sus primeras manifestaciones.

Las demás provincias del Imperio no tardaron entonces en esforzarse por escapar al yugo turco, amenazando de esta suerte con desmembrar y disociar al Sultanato otomano. Turquía, que hartó tenía que hacer con las potencias europeas, cuyas amenazas gravitaban pesadamente sobre su existencia, amenazas provisionalmente neutralizadas por rivalidades entre las potencias occidentales, halló otra fórmula. Al Panarabismo opuso un tema más envolvente: el retorno a la unidad islámica.

Estas luchas, estos conflictos de ideologías y concepciones, esta atmósfera de incertidumbre, de inestabilidad, estas ambiciones apenas disfrazadas e impacientes de realizarse, habían de crear un ambiente particularmente favorable al desarrollo de la Prensa, una Prensa de información y de combate.

No obstante, la Prensa no pudo desarrollarse en razón de su novedad, de su origen occidental y del número muy reducido de lectores que existían entonces. Es solamente el 20 de noviembre de 1828, cuando aparece en El Cairo el primer número de un periódico gubernamental, *Los Acontecimientos Egipcios*. Primero, bisemanal, no tarda en publicarse tres veces en semana. Su redacción en turco, luego

en árabe y en turco y, finalmente, sólo en árabe, fué confiada a letrados egipcios: Hasn Al Attar, Ah-Karim, Abd El Karim Sulayman.

Pero contrariamente a toda esperanza y pese al ambiente señaladamente favorable, esta creación no suscitó ninguna emulación. Es que la Prensa supone algo más que la redacción. Está ante todo dominada por factores técnicos. El entusiasmo y la valía de los artículos no sustituye el arte de la linotipia, de la tipografía, de la corrección, de la colocación de los artículos y de la ilustración. Y Egipto había descuidado este aspecto del problema y por falta de técnicos experimentados su iniciativa no tuvo ningún alcance real. Este encharcamiento periodístico gravitará sobre su evolución durante un cuarto de siglo.

Dejemos, pues, El Cairo por un momento y volvamos a Argel. La capital argelina vió nacer, pese a su atraso intelectual con relación a Oriente, su periódico, y ello con anterioridad a Siria, Irak y Túnez. El tercer periódico en fecha de lengua árabe se publicó, en efecto, en Argel en 1847. Fué fundado por el Gobernador general, y su redacción fué encomendada a un arabista y a algunos traductores. Pero tanto los arabistas como los traductores pertenecen a la categoría de los filólogos y gramáticos y no a la de los periodistas. El arte de resolver las sutilezas o las anomalías gramaticales o el de hallar la palabra que responde mejor a un término o a una idea no implica ni potencia creadora, ni elegancia, ni siquiera corrección del estilo. Por otra parte, el estilo periodístico tiene su carácter y un movimiento propio para su frase. El equipo gubernamental hizo trabajo burocrático. Al *Mobachir* se publicó, pues, bimensualmente con cuatro páginas, dos en árabe y dos en francés, en un estilo retorcido, torpe y con frecuencia incorrecto. No creó una escuela tampoco él, ¡y sin embargo duró un siglo!

El esfuerzo de información, de adaptación y de modernización se prosigue en Oriente después de 1828 con una preocupación siempre creciente por la información didáctica.

La lucha contra el analfabetismo es valientemente llevada a cabo por las autoridades y por la iniciativa privada. La cultura se extiende cada día más. El contacto con Europa se hace más frecuente, más confiado; una *élite* intelectual ya está formada. El escenario político se ve animado por nuevos actores.

Egipto, pese a circunstancias francamente alentadoras, permanece

sin Prensa. Cede el paso a Siria, donde la Prensa halla su verdadera cuna y sus grandes focos de irradiación.

Pero ¿cuál era entonces la situación de Siria?

Descartamos, naturalmente, la historia propiamente dicha de la evolución siria desde el siglo XIX, para ceñirnos sobre todo a subrayar los factores cuyas incidencias sobre el nacimiento y el desarrollo de la Prensa están fuera de discusión.

Siria, que Mehemet Alí había colocado bajo su autoridad, fué nuevamente sometida por el Convenio de 1840 al poder del Sultán. que encomendó su administración a gobernadores liberales, de alta competencia administrativa y de una vasta cultura. Pero Siria, que había participado ampliamente en el movimiento del Renacimiento cultural y social Nahdha, paralelamente con Egipto, no tenía ni unidad religiosa, ni comunidad racial, ni siquiera las mismas aspiraciones políticas. Su diversidad étnica y su mosaico de ideologías religiosas habían gravitado pesadamente sobre su destino histórico desde las Cruzadas. Era, sin embargo, una verdadera encrucijada comercial, y los intercambios de los comerciantes iban acompañados en los puertos y en las grandes ciudades de intercambios de ideas. Hay que agregar a esto la pasión de los sirios por los viajes para comprender y apreciar los factores que han presidido a su esfuerzo de renovación y de progreso.

Beirut conoció las primeras manifestaciones del renacimiento sirio. En 1848, un libanés maronita creó allí por primera vez un teatro árabe. Intelectuales, cristianos la mayoría de ellos, emprenden el remozamiento y la depuración del idioma árabe. Nasif Al Yazizi y Butrus Al Bostani se imponen esa delicada tarea de reforma y de reajuste con una fe idéntica a la de Du Bellay y de sus discípulos cuando aureaba el Renacimiento francés. Las escuelas igualmente se habían multiplicado. El círculo de las letras se amplió cada vez más y el esfuerzo de irradiación de la cultura permitió a las masas populares más numerosas participar en la vida intelectual de Siria. La condición del escritor cambia. Se siente llamado a representar un papel intelectual y político y consigue vivir por sus propios medios, sin tener que recurrir a las pensiones o a la generosidad de los mecenas. La literatura europea, que se había introducido poco a poco en la alta sociedad por medio de la traducción, promueve un deseo de novedad. La Prensa, que disfrutaba ya en Europa de una posición privilegiada, fijó la atención de la *élite*, y los musulmanes que habían viajado en

Italia, en Francia, en Inglaterra, soñaban con introducirla en Oriente.

Existe también otro factor favorable al nacimiento de una Prensa a la altura de la situación. Siria era entonces el teatro de intrigas políticas y controversias religiosas. Desde 1850 a 1860 conoció una extraordinaria agitación. La guerra de Crimea, las relaciones turco-sirias, la «cuestión de Oriente», las intrigas de los armenios, el romanticismo enfermizo de los libaneses, la intransigencia de las minorías cristianas, debían a un tiempo desembocar en los acontecimientos sangrientos de 1860 y dar a la Prensa un impulso jamás igualado.

Esta Prensa fué ante todo la obra de las misiones cristianas. En 1815 salió por primera vez en Siria una revista religiosa con el título de *Majmon Fawai*, dirigida por el pastor Ali Sumayt. Su tendencia era por aquel entonces evangelizadora y enciclopédica. De anual convirtiéndose más tarde en trimestral y desapareció en 1855.

Aquel mismo año se fundó un periódico verdaderamente árabe, *Miravit al Ahivál* (Espejo del Tiempo) por Rizq Allah Hassum. Tomó desde un principio un tono polemista. La guerra ruso-turca le proporcionó la ocasión de desencadenar una violenta campaña antiturca, lo que obligó al Gobierno de Constantinopla a suspenderlo en 1856. Es este el antepasado de la Prensa árabe independiente. Pese a su escasa duración tuvo una inmensa influencia sobre los intelectuales y despertó en todo Oriente una febril animación. En 1856, un libanés Jalil Juri, fundó en Beyrut *El Alba Reluciente* (*Fadjr Munir*), que se convirtió más tarde en *El Jardín de las Noticias* (*Hadiqat al Ajbar*).

Preparada moral e intelectualmente al nacimiento y al desarrollo de una Prensa de combate y de cultura, Siria no pudo por razones políticas sostener el primer impulso dado. Perseguidos, acorralados, pero resueltamente decididos, los sirios mudan de lugar para realizar su vocación y seguir su lucha en el extranjero. Se refugian en Francia. En 1858, Marseille se honra con el nacimiento de un periódico árabe de mediano valor, *Mercurio*. Aquel mismo año París ve aparecer *Júpiter* (*Borgia París*), dirigido por Dahdah Ruchaid.

En 1860 se precipitan los acontecimientos en el Cercano Oriente. Unas reformas hondamente meditadas y esencialmente liberales son promulgadas. El Hatti Humayun de 1856 y los Tanzimât completaban armoniosamente la «hatti cherif del Gul Hane» (Quiosco de las Rosas), promulgada en 1839 por el Sultán Abd Al-Majid. Pero pese a que proclamaran la igualdad entre las razas, la igualdad de todos los súbditos turcos ante la ley y un régimen fiscal uniforme, esos edic-

tos no pudieron, sin embargo, calmar los espíritus. La agitación de los Softas (estudiantes), de los nacionalistas y de los liberales descontentos del primer visir Mohamed Pachá, que apodaban Mohandoff, por derisión a su inclinación hacia el Gobierno ruso, hicieron tales reformas inoperantes. Ya se conocen los sucesos posteriores a esos acontecimientos, la rebelión siria y la sangrienta represión que siguió a la misma. No será preciso extenderse sobre tales asuntos, harto conocidos. Lo que sí parece útil subrayar es que, a partir de 1860, la Prensa tuvo un impulso hasta entonces jamás alcanzado, un impulso real, seguro, definitivo. Y aquella Prensa, que ya nada inmovilizará, habrá de señalar dos tendencias: una Prensa oficial y una Prensa independiente. En lo que atañe a la primera tendencia, un edicto gubernamental impuso a cada cabeza de partido o unidad administrativa el tener un periódico de información, y ello por toda el área del imperio turco. En Constantinopla incluso salió uno de los más importantes periódicos de la segunda mitad del siglo XIX, *Las Noticias* (Al Jawa'ib). Estaba dirigido por un libanés cristiano que había viajado un poco por el mundo entero y que, establecido en la capital turca, se convirtió el islamismo; Ahmed Fares Chidyaq, que es asimismo uno de los mayores iniciadores del Renacimiento árabe y un poeta de talento, se reveló como un periodista de gran envergadura. Los hombres de letras y los círculos oficiales rendían homenaje a su amplia cultura y todos los pensadores musulmanes de la época le brindaron su colaboración. Su periódico *Al Jawa'ib*, que estaba dotado, lo que es raro, de una imprenta especial, no tardó en tener una difusión mundial. Su influencia en el Cercano Oriente fué decisiva tanto desde el punto de vista político como cultural.

En el mismo orden de ideas, y obedeciendo al mismo impulso, salió en 1861 en Túnez *L'Eclairneur Tunisien* (Al Râ'id) fundado por Bey Mohammed Sadiq. Su redacción y su impresión estuvieron al cuidado de un francés, Carletti. En Siria, salió en Damasco en 1865, *Surya. L'Euphrate*, en Alep, en 1867. El *Journal du Lyban* (Jerida), en 1867, en Beyrut. *Zurah*, en Bagdad, en 1868, y poco después *Hijâz*, en la Meca, como también *Mekha*.

Paralelamente al desarrollo de la Prensa árabe oficial se puede registrar, primero en Siria, después en Egipto y en todas las partes del mundo musulmán, un extraordinario desarrollo de la Prensa independiente. En 1861 Al Bustani crea en Beyrut *Nafir Surya*, órgano que abogaba a favor de la concordia entre todos los sirios.

En 1866 se observa una novedad en los anales de la Prensa árabe : una sociedad fué creada para lanzar un periódico redactado por un grupo de letrados sirios bajo la dirección de un periodista de talento, Yussef Chelfun. Puede registrarse igualmente, en cuanto a los focos y a los instigadores de la difusión de la Prensa árabe de Siria, una transferencia que recuerda, con una similitud que desconcierta, la evolución del teatro árabe a sus principios.

El teatro árabe, que había visto el día en 1848 en Siria, se desplaza hasta Egipto, en donde se desarrolla en El Cairo y Alejandría. Los periodistas sirios se refugian también en Egipto, y de allí dan a la Prensa un poderoso impulso. Esa migración tan curiosa por sus coincidencias se explica fácilmente.

En 1863 ocupa el trono de Egipto un Jedive de gran valor, Isamil Pachá. Ese virrey, amante de la civilización occidental y deseoso de asegurar a Egipto una total independencia, volvió a tomar por cuenta propia el programa trazado por su padre Mehemet Alí, interrumpido desde 1849 hasta 1863 con el reinado de sus dos hermanos. Para activar el renacimiento cultural, el impulso del idioma, la cohesión de la comunidad árabe y también para obedecer a una inclinación personal sincera, alentó la Prensa, atrajo a sí y protegió las letras y los sabios de todos los países árabes. Abrió, pues, ampliamente las puertas de Egipto a la *élite* siria sin distinción de religión. La llegada de esos refugiados sirios a El Cairo y Alejandría debía ejercer sobre la evolución cultural de Egipto una influencia particularmente feliz.

Los libaneses Salim Neljach, Al-Tagla, Adib Ishaq, por su actividad literaria confieren a Alejandría el rango de metrópoli intelectual.

Algunos periódicos egipcios que existían entonces, muy mediocres y esencialmente enciclopédicos, dieron lugar a la aparición de grandes diarios y revistas de especialización.

En 1865 se publicó una revista de medicina, *Al Yassamb*, dirigida por Rakim Pachá y Dassugi Brahim. Y en 1866, un periódico de primera categoría fundado en El Cairo por Effendi Abbu: *El Valle del Nilo*.

Un semanario bastante tendencioso, impregnado de faraonismo, fué fundado igualmente en El Cairo por O. Jallal e I. Muaylihy, en 1859.

Resulta claro que este desarrollo de la Prensa y la multiplicidad de sus zonas de difusión sólo han sido posibles merced a una renova-

ción técnica y a la formación de equipos de obreros de imprenta, iniciados para dar empuje al arte periodístico.

Y esto me permite abrir un paréntesis respecto a la historia de la imprenta en el mundo árabe.

Según fuentes fidedignas, la litografía era conocida por los andaluces. De hecho, la primera imprenta árabe fué creada en el siglo XVI por el Papa León II en Venecia.

Poco a poco las grandes poblaciones de Europa fueron dotadas de imprentas árabes: Londres, Oxford, París, Leipzig, Keyde, Gotengen, Roma, Berlín, San Petersburgo. Al final del mismo siglo XVI, Constantinopla tuvo su imprenta.

En el Oriente árabe, solamente en el siglo XVIII hizo su aparición la imprenta gracias a los sirios.

Ispahan, Teherán, Calcuta, Bombay, Lahora, Delhi Haiderabad tuvieron también sus imprentas como las restantes metrópolis del Islam. Después de marcharse los franceses en 1801, Egipto permaneció veinte años sin imprentas. *El Ahlya*, creado en 1822 por Mehemet Alí, fué dirigido por un sirio, Nicolás Nsabki, que había hecho su aprendizaje durante cuatro años en Milán. En 1834, Egipto tuvo una segunda imprenta, igualmente oficial, *Bulâq*. En 1860, un reformista copta fundó una imprenta y formó un equipo de especialistas. Pero lo mismo en Constantinopla que en Siria, la introducción de la imprenta suscitó una reacción por parte de los copistas y trajo discusiones religiosas sobre su laicidad, hasta que al fin fué autorizada a consecuencia de una «fetua» del Cheik Al Islam. En 1753 había sido creada en Beyrut, por un cristiano ortodoxo, Nicolás Lelon, la imprenta de San Jorge.

En Malta, igualmente se creó en 1822 una imprenta por instigación de la misión evangélica americana.

En 1848, un gran paso fué dado en este sentido: los Padres jesuitas pusieron en marcha una litografía y después una tipografía, que dieron un gran impulso a los estudios filológicos y a las investigaciones históricoliterarias árabes. Libros, obras de vulgarización científica y filosófica salieron de las prensas de esa casa, a la que el Renacimiento árabe debe sus primeras manifestaciones. Es de nuestros días incluso la mayor imprenta de Siria que imprime en árabe, en latín, en sirio, en griego y en armenio.

En 1857 Jalil al Juri creó para su periódico una imprenta, y Ach Chidijak otra en 1860.

En 1865, Al Bustani fundó su famosa imprenta que permitió la publicación de obras fundamentales, como el gran Diccionario Al Muhit y la Enciclopedia Da'irat al Ma'arif.

En ese mismo período, dos imprentas más fueron creadas en El Cairo: Wadī Nil y Tijariya. Las necesidades cada vez más imperiosas de impresión hicieron surgir un poco por doquier imprentas árabes, y es difícil en el momento actual poder precisar el número a que ascienden.

En Africa del Norte, el esfuerzo había de ser más tardío. Si se ponen aparte las imprentas oficiales, puede decirse que las que quedaron consideradas como las decanas de las imprentas árabes de Africa del Norte fueron las de Adolphe Jourdan y la de Rodoncci.

En la misma época se observa un esfuerzo considerable en la forma, la presentación, la ordenación. Hasta aquel entonces un periódico árabe se distinguía por su carencia total del sentido de los títulos, de la rúbrica y de la composición. Parecíase tener del periódico un concepto raro. Todo se desparramaba allí, sin que preocupara la falta de claridad, en unos artículos interminables desprovistos de conclusiones. El estilo, o era alambicado y enrevesado en demasía, de sentido casi impenetrable, o entonces netamente incorrecto y poco comprensivo. La ilustración, el arte de llamar la atención con títulos sensacionales faltaban a la Prensa árabe en sus principios. La uniformidad de sus tipos, la carencia de subtítulos, los párrafos puestos en evidencia, el embrollo de los artículos, hacían su lectura repelente, y esto tanto más cuanto que demasiado sería, demasiado grave, ignoraba todo del arte de hacer más amena su lectura con una anécdota graciosa, un deje humorístico o un estilo leve y también entretenido.

Y ya que hablamos de la forma digamos que es durante el período 1860-1870 en que la Prensa árabe modela su verdadero estilo. Se desprendió poco a poco de las anteriores formas literarias, de los tópicos, de las continuas citas, y renunció a las palabras raras y a los versos para alcanzar la claridad, la sencillez, la veracidad, el humor y las antítesis cuando se presentaba la ocasión.

Al principio no se estaba de acuerdo sobre el término que debía designar el periódico, y se podía observar el mismo desconcierto en los términos que significaban revista, semanario, diario, etc... para decir periódico, Najib Haddad preconizaba la palabra «Sihafa», en tanto que Rifa'a optaba por la de «Uarqa»; Tahtauí recurría a la de «Ghazita» y Jahil recomendaba emplear «Journal», etc.

En los títulos de las publicaciones se nota durante ese mismo período un esfuerzo muy serio de mejora de influencia europea. Se renunció a dar a las publicaciones títulos poéticamente metafóricos, tales como *Jardín de las Noticias*, o entonces llenos de eufemismo como *El anunciador de las buenas nuevas*. La inspiración se tomó primero del vocabulario relacionado con el tiempo, y los primeros títulos fueron: *El Tiempo*, *La Mañana*, *El Alba*. Una lucha de velocidad se inició entre los periodistas para apropiarse los vocablos que significaban civilización o progreso para darlos a sus publicaciones: *Haddara*, *Tarakki Iqdam*, etc. Después recurrieron a las poblaciones: El Cairo, Alejandría, Trípoli, etc. Por un esfuerzo de expansión se pasó en aquel período y en fechas ulteriores a nombres de países: Turquía, Túnez, Siria, Egipto...

Lo mismo que en Europa, se echó mano de nombres de ríos y de mares: El Océano, El Nilo, El Amazonas, etc.

Los nombres de montañas tampoco fueron desdeñados: Líbano, Arafat, Sión. Como tampoco los puntos cardinales: Este, El Eco del Sur. Y no se empleó la palabra «Chamal» (Norte) por razones de augurio.

Los nombres de astros fueron los que más se emplearon: El Sol, La Estrella Africana, Mercurio, El Cuarto Menguante, etc.

Se recurrió igualmente a conceptos filosóficos: Igualdad, Justicia, La Libertad, La Sabiduría, etc.... Y no mencionaremos los nombres relacionados con las estaciones, la religión, la juventud, los pájaros, los insectos, las flores, los instrumentos de música, los jardines, el infierno, las banderas, las notabilidades musulmanas, como asimismo los títulos de origen francés, inglés o italiano: «Express», «Poste», etc....

Otro progreso fué realizado en el terreno técnico y de la lengua, no solamente debido a la difusión de la cultura en el mundo árabe, sino sobre todo a los periodistas árabes establecidos en América. Son ellos quienes han enseñado a los periodistas árabes de Oriente a estudiar detenidamente los títulos, a presentarlos con grandes titulares a una o más columnas con subtítulo y párrafos con tipos destacados cuando se quiere llamar la atención sobre un hecho o una idea. Contrariamente a las reglas de la gramática árabe, les enseñaron a emplear el pluscuamperfecto en lugar del pretérito, a distinguir el estilo periodístico del estilo literario, a acortar, aligerar, suprimir las redundancias y a buscar la claridad, la sencillez, la flexibilidad

del estilo y a tornarlo incisivo, mordaz, irónico, grave o solemne, según los casos.

He aquí otras circunstancias favorables para la Prensa: hasta 1869, la censura oficial de cada Estado se imponía de manera verdaderamente desalentadora, aun en tiempo de paz. Desde aquella fecha en adelante, los progresos realizados desde el punto de vista de la libertad de la Prensa en Europa, tuvieron también su repercusión en los países árabes. Pese a sus propósitos, los diferentes Gobiernos hubieron de mostrarse menos intolerantes, y cuando la libertad de la Prensa se fundió con la libertad popular, los gobernantes hubieron de abrir espitas de seguridad y permitir a la Prensa expansionarse libremente sin hallarse de continuo bajo la amenaza de una suspensión o supresión parcial o total de artículos por la censura.

En 1870, el esfuerzo sostenido desde 1860 se acentúa y se amplía. Otros factores de orden cultural, económico y político ensanchan el campo de acción de la Prensa árabe, facilitan su difusión, alimentan su caudal de temas vivos. Un año antes, en 1869, fué abierto el Canal de Suez. Ya se sabe el impulso económico que dió a Oriente. Y la cuestión económica es primordial para el periodismo. La venta, la publicidad y las suscripciones se hacen en función de la riqueza de la masa de lectores. Por ende, los medios de comunicación cuentan también para el desarrollo del periodismo. Ante todo, las relaciones entre los lectores y los periodistas se ven por ellos facilitados. La información llega más rápida en las salas de redacción y los periódicos proporcionan noticias recientes a su público.

En el plano político, la cuestión de Oriente y las pretensiones de Inglaterra sobre Egipto enardecen las pasiones y dan a la Prensa la ocasión de ser a un tiempo arma de defensa y de combate.

En 1878 salió en El Cairo una revista científica y literaria con la firma de A. Fakri y demás hombres de letras egipcios, y que tenían por título *Revista de los Colegios*.

En 1873, Salim Bek fundó en Alejandría *Kau Kab*. Egipto empieza a contar con su primer cotidiano árabe *Las Pirámides*, que aún hoy día es la publicación de mayor importancia del Cercano Oriente. *Las Pirámides* salió primero en Alejandría, dirigida por Taqla Bichara, siendo sus gastos sufragados por el visir Byadh Pachá. Desde un principio consiguió un éxito enorme y una acogida indiscutible por

parte del público, apoyando a Francia contra Inglaterra, conservando en su información y en sus editoriales una gran elegancia y un sentido notable de la medida. Más adelante fué trasladado a El Cairo.

Y pasamos de largo ante la historia de una multitud de publicaciones que salieron de 1870 a 1900, como: *Mahrussa*, *Líbano*, *Espejo de Oriente*, *Idioma Árabe*, *Al-Jarida*, etc....

Nos detendremos ante dos periódicos que por entregarse entre sí a una lucha sin cuartel dividieron la opinión y cristalizaron las dos tendencias políticas del momento. A partir de 1880, Egipto se colocó en el primer plano de la actualidad mundial. El motín de Al-Arabi y la ocupación de Egipto por los ingleses en 1882 promovieron una exaltación política intensa. Dos periódicos polarizaron entonces la opinión pública: *Al-Mukattam*, de inspiración inglesa, redactado por el armenio Sarafam (1883-1884) y *Al-Monayyad*, de doctrina nacionalista, secundado en su campaña antiinglesa por *Al-Liwa* (nacionalista panislámico fundado por Cheik Alí Yussef y Cheik Ahmed Madhird).

A partir de esa época, la Prensa egipcia evolucionará siguiendo estas dos tendencias hasta 1922.

Paralelamente al desarrollo de la Prensa de información política, también las revistas se multiplican y su especialización se acentúa: medicina, derecho, agricultura, literatura, arte, se vulgarizan por medio de hábiles especialistas en dichas materias para simplificar, condensar y presentar de una manera clara las teorías y los sistemas desconocidos del mundo musulmán, a la par que las doctrinas filosóficas, tales como el darwinismo y el evolucionismo de Spencer. Es notable observar que aquellos periodistas no intentaron ningún esfuerzo para la difusión de las doctrinas económicas entonces a la orden del día, el Marxismo en particular. Por otra parte, la Prensa árabe se desarrolla en los otros países del mundo siguiendo un ritmo más o menos acelerado: Malta, Italia, Francia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos tienen una Prensa musulmana en lengua árabe. Sería por lo demás fastidioso exponer la extensa lista de esas publicaciones mencionando sus doctrinas y el nombre de sus fundadores. Señalemos, no obstante, una publicación que creó escuela y tuvo gran influjo en el mundo árabe: *El Lazo Indisoluble*, que el célebre Jamal Din Afghani y su discípulo Cheik Mohamed Abdou lanzaron en París en 1884 para predicar el despertar del Islam, enaltecer los estudios científicos, defender el mundo árabe contra la invasión europea y contestar a los detractores del Islam, en particular a Ernest Renan.

En Africa del Norte, Al-Mubachir (Argel, 1847) y Al-Rayid (Túnez, 1863), puestos a parte, se ha de esperar el principio del siglo XX para poder registrar las primeras manifestaciones de una Prensa oficial.

En Argelia, Chenik Kahul fundó en Argel en 1907 un periódico que no consiguió ningún éxito. Fué más feliz la iniciativa del letrado y artista miniaturista Omar Racim, que fundó en 1908 en Argel *Al-Yazair*, semanario que no tardó en ser suspendido por su carácter independiente, y en 1912 *Dhul Faqar*, primera revista ilustrada árabe. Orán, en 1911, tuvo su periódico, *Al-Haqq*, dirigido contra Italia respecto a su campaña militar en Tripolitania.

La evolución política y religiosa de Argelia dió lugar a la fundación de una serie de periódicos que vieron el día entre 1919 y 1939. Fueron éstos *Al Iqdam*, fundado por el emir Jaled, de tendencia nacionalista; *En Nassih*, pro francés; *En Najaj*, sin doctrina bien definida; *Deh-Chihale*, reformista religioso; *Al-Balagh*, antirreformista, órgano de las cofradías religiosas; *Wadi Mizale*, no ortodoxo; *Mir-sad*, enemigo de las cofradías religiosas; *Sunna*, que después de ser suspendido por la Administración trocó su nombre por el de *Charia*, y muchos otros cuya enumeración alargaría indebidamente este estudio. Por otra parte, puede decirse que desde 1945 la capital del Este Norteafricano es uno de los focos de máxima actividad periodística del mundo árabe.

Marruecos, atrasado en relación con los demás países musulmanes del mundo, tuvo su primer periódico en 1903, en Tánger: *As Saada*, siendo sufragados sus gastos por el Consulado francés en Tánger y dirigido por un sirio. Sus primeros números asustaron ya al Majzen. Los marroquíes contestaron con la creación de *Lisan-al-Maghrib*, dirigido también por un sirio, Nemur. Poco después apareció *Ta'onn*, fundado por el Cherif Kettani, que expresó la reacción semioficial de Marruecos contra Francia.

Después de establecido el Protectorado francés, Fez, Casablanca, Rabat y Marraquech tuvieron sus periódicos, cuya duración era por lo general de poco tiempo. Señalamos *Magrib-el-Aqsa*, *Taragi*, *Islah*, etcétera. Para fijar las ideas respecto a la evolución de la Prensa de lengua árabe desde su creación, nos parece necesario apuntar algunas cifras: de 1799 a 1867, la Prensa árabe contó con 20 publicaciones, pasando esta cifra a 27 en 1867, y a 167 en 1900; en 1910 existen ya 244 publicaciones, de las cuales 90 corresponden a Egipto, 750 en

1925 y cerca de 2.900 en 1939. En la actualidad esta cifra está ampliamente rebasada.

Y ahora examinaremos brevemente el fondo de la Prensa árabe y trataremos de los temas que han de nutrirla. Ahí reside el problema de toda la evolución del mundo árabe desde 1850 hasta la fecha. Desgraciadamente no disponemos de suficiente espacio para pasar en revista todas las cuestiones que han agitado el mundo árabe desde su despertar, desde que ha tomado conciencia de sí mismo, de sus debilidades, de sus dotes orgánicas, desde que aspira a ser otra cosa que una comunidad replegada sobre sí misma, anquilosada en sus tendencias intelectuales, más preocupada de sus glorias remotas y de los problemas metafísicos que de las necesidades inmediatas de la actualidad.

Hemos dicho, al principio de este artículo, que hasta 1860 la Prensa árabe era ante todo oficial. Los asuntos que retenían su interés eran la información y la vulgarización enciclopédica. A partir de 1860, la Prensa árabe polariza las aspiraciones del mundo árabe y toma parte en las grandes controversias: nacionalismo regional o panislamismo, evolución o retorno al Islam primitivo, imitación de Europa o recelo frente a la civilización.

A la luz de estas tendencias generales, la Prensa aparece como un instrumento de defensa de una cultura y una civilización amenazadas. Considera que el mundo árabe está amenazado por la civilización occidental. Para prevenirse lucha contra esta amenaza, multiplica las controversias: querella de los Antiguos y los Modernos en el plano literario, o sea respeto del clasicismo lingüístico o renovación del estilo y del vocabulario; aceptación como verdad indiscutible de cuanto procede del pasado o aplicación del método cartesiano aun a la misma religión. En el plano social empieza a plantearse el problema de la mujer: el papel que debe desempeñar en la vida social, la instrucción de la mujer, la mujer en el hogar, si debe o no ocultarse con el velo; el problema del matrimonio con sus corolarios: la sujeción al padre, la dote, la emancipación de la mujer. Es la gran querella que enfrentó a Qasim Amin con los conservadores a principios de este siglo. En otro plano, la Prensa árabe participa en la misma, sea para informar, sea para discutir de todas las cuestiones que agitan la opinión mundial y que interesan directa o indirectamente al mundo musulmán: relaciones internacionales, guerras, congresos, liga árabe.

La Prensa árabe también se dedica a iniciar el mundo árabe al tea-

tro que critica, cuando la ocasión se presenta, si bien se resiste con vigor al cine. Como asimismo se apeg a llevar a cabo una labor de vulgarización; vulgarización de las literaturas occidentales, científica y artística. Es ésta su máxima obra, la más espléndida.

Mediante un esfuerzo incansable y pese a las dificultades con que tropieza, la Prensa árabe se ha convertido en una escuela en la que se inicia a las ciencias, a la filosofía, a las artes de Occidente, a su organización económica y política. Desempeña para el público árabe no sólo el papel de instrumento de información, sino, sobre todo y ante todo, el de gran iniciadora de la vida moderna. Constituye una excelente fuente de remozamiento, de luz, de progreso, de transformación, un medio eficaz para el intercambio de ideas que moralizan e instruyen mucho más que la escuela o la radio, pues se dirige no sólo ya a una juventud que es preciso formar o a una clase privilegiada que puede adquirir aparatos de radio, sino a una masa mucho más numerosa que comprende todas las edades y todas las condiciones y que no puede permanecer ajena al movimiento evolutivo del mundo musulmán.

HAMZA BOUBAKEUR